

EL PODER

Jorge Rivadeneyra A.*

En la obstinada permanencia de la vida, se evidencian dos aspectos, a saber: a) la lucha tenaz por la existencia, y b) Esa lucha, para alcanzar su objetivo, debe constituirse en un combate por la preeminencia. A la búsqueda de la preeminencia también se le conoce con el nombre de poder, de ahí que la esencia del poder es la vida en sí, entendida como la intención de sobrevivir. A esa intencionalidad, la cultura humana le ha dado el nombre de voluntad, es decir que el poder, cualesquier que sean sus características, no se manifiesta automáticamente sino mediante la voluntad. Y como decía Hobbes, la voluntad parece que no tiene buena vista, y para no fracasar en sus propósitos acude a la razón en demanda de los medios más idóneos. Esos medios se conocen como técnicas de dominación.

De ese modo el poder es una forma de dominación inherente a la condición humana. Se lo viene ejerciendo inmemorialmente por parte de individuos, instituciones sociales y políticas, conocidas a lo largo de la historia con el nombre de gobiernos, iglesias, partidos o doctrinas, como por ejemplo la democracia. Y el poder de la sociedad, con el nombre de valores se ha introyectado en cada uno de los seres humanos. Los valores son una legislación sui generis, anónima y transhistórica, llámense 10 mandamientos, patriotismo o moralidad sexual. Delinean las facciones externas y los pliegues del inconsciente por cuanto su propósito fundamental es de moldear la subjetividad de la sociedad y de sus componentes, con la circunstancia de que los individuos enclaustrados defienden a muerte el derecho de vivir detrás de esos barrotes.

Así pues, el poder tiene que ver con las concepciones del mundo y con el orden social. Cuando se refiere a la producción y distribución de bienes, adquiere el nombre de equidad, entendida como sinónimo de justicia, pero también de igualdad. En esas circunstancias, el poder deja de ser una categoría teórica y cejifruccidamente determina qué se debe entender por justicia y qué por igualdad. Pero en este mundo todo tiene sus contras y el mal fatum del poder radica en que ineludiblemente engendra el contrapoder, especialmente uno de mucho calado llamado libertad. Son tremendos antagonistas que constituyen lo que se podría denominar la situación límite de la existencia humana. Es allí donde na-

* Correo electrónico: rivalta@cantv.net

cen las utopías. Lo único malo radica en que la lucha contra el poder, sólo es otra forma de poder. Dicen que por eso han fracasado las utopías

La centralidad del concepto de poder ha dado lugar a investigaciones acerca de su esencialidad, de sus fuentes, de las mediaciones que posibilitan su ejercicio por parte de quienes lo detentan, como la resistencia al poder por parte de quienes sufren sus efectos de buen o mal grado.

Algunas teorías, como el economicismo, consideran que el poder es la emanación de la riqueza. Hobbes cree que sólo el Estado puede acabar con una confrontación eterna llamada guerra de todos contra todos. Otros, como Foucault, casi con resignación decía, señores, el poder es la sustancia con la que está hecha la sociedad, sus instituciones de servicio público, los beneméritos hospitales y los centros de enseñanza.

Tremendo el polimorfismo del poder. Su presencia hegemónica, visible o invisible, satura la totalidad de las relaciones sociales. A veces parece que poder es sinónimo de maldad, como cuando se lo compara con el Demonio. En otras ocasiones aparece como el creador del orden indispensable y luce como lo bueno en sí, como cuando se dice que Dios es omnipotente. Debe ser que el poder es lo bueno y lo malo, dos Diablos distintos y un solo Dios verdadero.